

LA MUJER.

REVISTA DE INSTRUCCION GENERAL PARA EL BELLO SEXO.

REDACTORES Y COLABORADORES.

Bautista y Patier (Doña Eladia).
Cerrada (Doña Elena).
Gimeno (Doña Concepcion).
Guimar de Torresao (escritora portuguesa).
G. de Neda (Doña Cármen).
Gomez de Avellaneda (Doña Gertrudis).
Jimenez de Moya (Doña Julia).
Troncoso de Jaren (Doña Matilde).
Aguirre (D. Joaquin).
Araujo (D. Jacobo).
Asensio de Alcantara (D. Joaquin).
Balaguer (D. Victor).
Balius Bonaplata (D. Salvador).
Barrantes (D. Vicente).
Bustillo (D. Eduardo).
Caballero de Puga (D. Eduardo).
Campillo (D. Narciso).
Campos y Vassallo (D. Rafael).
Cardaño (D. Primitivo).
Castellanos (D. Julian).
Coll y Moncasi (D. Felix).

Behegarry (D. Miguel).
Feliu (D. José).
Fernandez Florez (D. Isidoro).
Fernandez Neda (D. Rafael).
Fernandez y Gonzalez (D. Francisco).
Fragoso (D. Fernando).
Fuenmayor (D. Vicente).
Galdo (D. Manuel Maria José de).
García Gutierrez (D. Antonio).
García Sanchez (D. Ramon).
Gimenez Cordon (D. Julian).
Gil Sanz (D. Alvaro).
Gonzalez Pitt (D. Alfredo).
Henao y Muñoz (D. Manuel).
Hoz (D. Santos de la).
Llaveria (D. Antonio).
Martin Albo (D. Benito).
Martinez Pinillos (D. Roman).
Martinez Benigno (D. Joaquin).
Massa Sanguinetti (D. Carlos).
Moncasi (D. Manuel Leon).

Moreno López (D. Carlos).
Moya (D. Francisco Javier).
Ortiz de Pinedo (D. Manuel).
Palacio (D. Manuel del).
Peña y Góni (D. Antonio).
Pirala (D. Antonio).
Pontes (D. José María).
Rodriguez Hubert (D. Venustiano).
Rodriguez Sepane (D. Luis).
Rodriguez y Ramirez (D. Federico).
Rovira y Valdés (D. Pablo).
Ruiz Aguilera (D. Ventura).
Saco (D. Eduardo).
Sanmartín y Aguirre (D. José F.).
Sanromá (D. Joaquin Maria).
Sardoal (Sr. Marqués de).
Sepúlveda (D. Ricardo).
Sequeiros (D. Camilo).
Tomeo y Benedicto (D. Joaquin).
Valera (D. Juan).
Zacarias Cazorro (D. Mariano).

Directora, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La Mujer, por D. Venustiano Rodriguez Hubert. — *La política en visita*, por la Sta. Elena Cerrada. — *A mi madre*, poesía por la Sta. Blanca de Gassó y Ortiz. — *La honra del artista*, por D. J. Castellanos. — *Crónica matritense*, por D. Venustiano Rodriguez Hubert. — *Charada*.

LA MUJER.

La mujer: alma de la humanidad que el Supremo Artífice dió vida como el complemento del Universo, ese poderoso elemento que constituye la armonía del mundo, ha atravesado las tribulaciones de las épocas y ha seguido la marcha del tiempo.

En todos los pueblos y en todas las edades ha recorrido y tomado diversas fases.

En un principio, la mujer no era considerada más que como *cosa*, y en esta condicion humillante pasa largos períodos de su historia.

Antes que el cristianismo, lumbrera que Dios encendió con su diestra, rasgára el velo de la ignorancia que cubria á la tierra, la mujer era el vil juguete de las humanas pasiones. Encerrada en el harem de los pueblos orientales, era una forma bella capaz tan sólo de satisfacer los sibaríticos deseos de su señor. Supeditada en Roma por la autoridad omnímota del varon, no era digna de otras consideraciones que las de sierva, y llegaba su decepcion á hacer de la esposa una hija de su marido, y una hermana de sus hijos. Convertida en Grecia en simple objeto de arte, bien podría salir de los colegios de *Hetairas* con todos los ador-

nos suficientes á constituir las delicias de la culta y refinada Atenas.

Pero alumbró la luz del Evangelio.

Entonces la razon domina á la ignorancia; la mujer se levanta del polvo, y se emancipa del ominoso yugo con que la uncieran déspotas y envilecidas sociedades.

Ya la tenemos casi regenerada. Contemplémosla á punto de llenar su sublime mision.

Ya no es aquella mujer de la antigüedad sin educacion y sin derechos, ya no se vende y se compra como una vil mercancía, ya no se la considera únicamente como una *cosa* ú *objeto* cualquiera; ya su condicion servil la ha perdido, porque ha conquistado su condicion noble, elevada, casi divina.

Ni es tampoco la mujer que, en el segundo período de la ciudad de los Césares, empieza á adquirir su libertad, pero una libertad tan licenciosa que es la fuente de corrupcion, donde la mujer cuenta sus años por el número de sus maridos.

La religion, que, segun la preciosa figura de Homero, es la cadena de oro que tiene colgada la tierra del trono del Eterno, vertió sobre el mundo los gérmenes que habian de dar frutos ópimos.

Tras la sociedad de Rómulo y la sociedad germana (de la cual ya comenzó á recibir la mujer alguna instruccion, siendo la sacerdotisa de la familia), vino una sociedad nueva, inaugurada bajo los bellos auspicios de esa era que conocemos con el nombre de Edad Media.

En esa sociedad fantástica, saturada de religion y de poesía, en esa edad que seduce nuestros sentidos con sus encantos, la mujer no es la sierva del varon, es la sultana del hombre, es la esposa querida, la madre tierna, el ángel del hogar y de la familia.

Bajo las feudales almenas, como en la plaza de la liza, ella es la musa del trovador y la reina del torneo.

Por ella el inspirado bardo canta la fé y la religion, el artista realiza asombrosas concepciones, y el paladin brinda sobre el palenque por *su Dios, por su Rey y por su Dama*; y por ella ciñe laureles el vate, y el génio alcanza un nombre, y el caballero victorias.

Pero todavía no llegó á su normal estado, porque aún la instruccion de aquellos tiempos no es bastante á desarrollar sus privilegiadas dotes. Mucho ha cambiado sí, pero todavía en el orden social la oprimen las cadenas de las viejas sociedades, que por más que un sábio diga: «están forjadas con eslabones de oro,» al fin son cadenas.

En aquella edad era la compañera inseparable del hombre; con él compartía sus venturas y sus sueños, participaba de sus dolores, tomaba parte en sus infortunios, endulzaba su existencia, velaba sus vigili-
as y se adormecía con sus amores; pero no podia desplegar toda la influencia de su elevada gerarquía.

Esta influencia la vemos revelarse desde la creacion del mundo, como los tibios resplandores de naciente estrella, y así nos lo demuestra con su elocuencia la historia de los siglos.

Judit vence á los numerosos ejércitos de los asirios, dejando su nombre á la posteridad con los de Betulia y Nabucodonosor, del mismo modo que Esther se levanta gigante sobre Aman y Asuero. Ejemplos auténticos que nos recuerdan el invicto poder de la mujer cuando esgrime las armas formidables de la virtud y la religion.

La liviandad perpetrada con Virginia de Apio Claudio por los decenviros del pueblo de Neron, y la inocencia de Lucrecia violada por Sexto Tarquino, son testimonios memorables de otras tantas que perpetúan el laurel de su gloria con el laurel de su martirio.

Si quereis más elocuentes pruebas de la poderosa influencia de la mujer, buscadlas en las esferas de la religion, y allí la vereis apóstol infatigable de fé y de virtud, ser la propaganda viva que por do quier derrama las semillas que Dios creára por redimir la humanidad.

Ved á Constancia, Eusebia y Domina, esposas respectivamente de Licinio, Constancio y Valente, extendiendo en el Oriente las doctrinas de Arrio.

Ved á Iugunda, mujer de San Hermenegildo, á Clotilde, esposa de Clodoveo, y á Teodolinda, esposa de Ajilulfo, estableciendo en Occidente la religion cristiana.

Ved á Micilao, duque de Polonia, convertido por su esposa á la religion cristiana, imitándole los búlgaros; ved lo mismo á Velodimero y los moscovitas, por la hermana de Constantino; y al rey de Hungría, por Gisela.

Ved las emperatrices Irene y Teodora, viudas de Leon IV y de Teófilo, respectivamente, restableciendo en Constantinopla el culto de las imágenes, derrocado por los iconoclastas.

Y sin ir tan léjos, dirijid una ojeada al floreciente reinado de los Reyes Católicos, vereis la augusta Isabel I, con su religion y sus virtudes, escribir la más gloriosa página que se registra en los anales de nuestra pátria historia. Con su virtud y su religion, lleva sus huestes hasta los verjeles de la imperial Granada; hace tremolar los pendones castellanos sobre los capiteles de la Alhambra; convierte en templos las mezquitas, y forja con las medias lunas de Mahoma el más sólido pedestal para asentar la sagrada enseña de su Dios. Y como si tan colosal acontecimiento no fuera bastante á perpetuar la grandeza de su reinado, dá con Colon un nuevo mundo al mundo.... —¿Se necesitan más pruebas para demostrar la influencia de la mujer?

Pues pasad á las regiones donde el génio se mece entre aureolas de gloria, y encontrareis á Homero, á Petrarca, á Rafael y al Dante, y leed entre las cuerdas de su lira ó entre los matices de sus pinceles, el nombre de esa musa, cuyo Parnaso es la familia, prestando colorido á sus divinas obras y trazándoles el sendero por el que llegaron al templo de la inmortalidad.

Y sin salirnos de los umbrales del hogar doméstico, allí la encontramos en su elemento, allí desplega toda la grandeza de su destino, allí se destaca como el cimiento donde descansa el edificio de la sociedad.

Hija primero, es el capullo de azucena virgen, que se abre á los céfiros de la religion para embalsamar con sus perfumes al mundo.

Amante luego, ella nos encanta con sus hechizos, nos adormece con el éxtasis de sus amores, nos arroba el alma con sus caricias, en una palabra, nos regenera, porque en alas de su cariño nos trasporta á una nueva vida de mágicas venturas.

Esposa despues, ella infiltra en nuestro corazon la esencia de su alma, nos identifica con sus afectos, nos inspira sus sentimientos.

Madre más tarde, se la vé crecer hasta colocarse en el pináculo de donde nunca debió hacerla caer la intolerancia, el egoismo ó la barbárie del hombre, y las exigencias de vetustas, pequeñas y envilecidas sociedades.

Como madre, no hay nada en el mundo que se le parezca. Despues de darnos vida con la sávia de su vida, recoje con alegría nuestras primeras sonrisas; acalla con su amor nuestros vagidos primeros; vela incansable nuestros infantiles sueños; enjuga con sus lábios nuestras prematuras lágrimas y celebra con pasion frenética nuestras pueriles gracias.

Con nuestros años crece su pasion maternal, y despues de enseñarnos á pronunciar su sagrado nombre, cuando apenas podemos balbucear breves palabras, comienza á hacernos conocer á Dios, nos inculca con su ejemplo cristianas lecciones, y en fin, dá vida á nuestro espíritu como nos dió la vida material en sus entrañas, fortificándola en su regalo.

La madre únicamente es la destinada á llenar un cometido tan sublime. Desde que mece la cuna de la inocencia, y guia los primeros pasos de la juventud, ella es el ángel que vela por nosotros y une su suerte á nuestra suerte con el valor de un verdadero héroe. Y segun su instruccion sea, así la educacion que nos enseñe será más ó menos buena, más ó menos perfecta.

Por esto la mujer es la que hace del hombre un dechado de virtudes ó un móns-

truo de infamias. Por esto la educacion de la mujer es la base de la sociedad, la gloria de la familia y el crisol que, aquilatando la perfectibilidad del mundo, le empuja por el camino y hasta el límite que el misterioso dedo que formó la creacion, le tiene señalado.

VENUSTIANO RODRIGUEZ HUBERT.

LA POLÍTICA EN VISITA.

La política ha sido inventada por el diablo para hacer que se aborrezcan los hombres sin conocerse.

—¡Ay, marqués, gracias á Dios que nos hemos quedado solos!

—¿Por qué, amiga mia?

—¡Cómo! ¿Me pregunta usted por qué? El sofoco y la ira sin duda le hacen perder la memoria. ¿Usted sabe la gresca que ustedes han armado? Y, aquí para entre nosotros, usted, marqués se ha mostrado muy intolerante y asaz impertinente con Nuñez.

—Confieso que nos hemos excedido: ¿pero como principió la cuestion?

—Como ustedes los políticos las principian todas. Aprovechándose de que uno de ustedes me preguntaba si he dado algun paso para salir de la triste situacion en que me ha dejado la muerte de mi padre; mas en vez de darme consejos como buenos amigos, al decir Nuñez que por qué no voy á ver al Rey ó recurro á las Córtes, usted, marqués, soltó, á propósito de una de estas últimas, una palabra mal sonante sin duda á la quíscuillosa opinion política de Nuñez. De ello han concluido ustedes con ponerse como ropa de pascua, y usted por toda razon se ha contentado con llamarle *garulla federal*, sin acordarse que cuenta tantos timbres en su familia como usted, marqués, ó acaso más.

Por supuesto que él tambien tomó la revancha, y si no hubiera sido por lo que me disgusta oír cuestionar en tonos mal humorados, me hubiera reído, porque me hizo gracia su manera de decir... que ustedes los aristócratas, *parapetados en sus títulos y sin otros méritos, se parecen al grajo de la fábula*; que no sirven más que para acémilas, dignas de tirar de un carro; qué sé yo, en fin, cuántas cosas más, y ninguna honorífica.

¡Y lo gracioso que ha estado al contestar á usted sobre la cuestion de derecho *divino* en las régias familias!

Mire usted, marqués, le ha dicho á usted (y en esto pienso, dicho sea entre paréntesis, como Nuñez), que son ustedes tan obtusos que no comprenden que si ese derecho divino existiese, no sería posible á los hombres arrancar las coronas

de las frentes de los reyes, como imposible es no morirse ó meterse un rayo de sol en el bolsillo. Pero repito que en vez de reirme con sus ocurrencias, crea usted que estaba asustada temiendo si serian capaces de venir á las manos.

—¿Y por qué no nos interrumpió usted, niña?

—¡Yo! Pues la cosa era fácil. Y si llego á mezclarme en la cuestion, ¿creé usted que ni á usted, á quien quiero mucho como amigo, ni á Nuñez, á quien aprecio tambien muchísimo, les doy ni á uno ni á otro la razon? ¡Qué disparate! En ese galimatías que han armado sobre la caída del trono de Doña Isabel II, y el *retraimiento* que dice usted que todos los de la aristocracia guardan medio hostilmente á la nueva dinastía, no he sacado en consecuencia más sino que los hombres parece han formado ustedes empeño en perder el sentido comun.

—Gracias por la parte que me toca: pero vamos, me gusta oirla, y quiero me convenza si no he tenido razon.

—¿Razon usted? Aun no hace un cuarto de hora que parecia usted un energúmeno, siendo así que de ordinario es usted tan amable. Pero si quiere saber lo que opino de usted, de Nuñez, de todos los políticos, y de ese maremágnum de partidos que ustedes nombran, cuyos nombres cuesta trabajo á la imaginacion retener y á los labios pronunciar, no tengo inconveniente en decírselo.

Nadie mejor que usted, marqués, sabe que ninguno de mi familia se ha mezclado nunca en política, y que mi padre se murió cumpliendo hasta el último momento con sus deberes de caballero y de militar; por consecuencia no puede decirse que yo defendiendo tal ó cual rey en personalismo; pero voy á ser justa. ¿No me ha oído usted, amigo mio, decir más de cuatro veces que encontraba muy feo se insultase á la reina destronada? Porque si ya se le habia quitado el cetro, ¿á qué conducian los insultos? ¿No me ha oído usted decir que si yo me hubiera encontrado en el lugar de doña Isabel II, lo que hago es ir á la corte, sola, si no tenia brazo en qué apoyarme, noble ó campesino? En mi concepto, esa señora se perdió por su mucho apego á la vida; sin acordarse que antes que todo era reina, y que uno de los más imprescindibles deberes de éstas es el valor moral y la abnegacion.

Estoy segura que si se presenta en Madrid y se entrega voluntariamente en manos del pueblo, éste, entusiasmado de un rasgo semejante, la lleva en andas á su palacio; porque, convénzase usted, marqués, hay acciones de una grandeza tal, que imponen respeto hasta á los mismos verdugos, y el pueblo de Madrid estaba muy lejos de ser verdugo.

Sobre todo, si me he equivocado al pensar así, y su existencia hubiese corrido peligro, era reina y como reina debia haber muerto, y al morir como una mártir, hubiera quedado revindicada de cuantos desaciertos la hayan hecho cometer durante su reinado.

Tampoco crea usted, amigo mio, que yo, hasta cierto punto, la censuro por su debilidad; muy lejos de eso, porque ella no tiene la culpa si en su manera de ser no existen esos rasgos que parten de la fuerza moral del corazon, y que salvan en circunstancias escepcionales.

La culpa, si acaso, está en la divina Providencia que ha dispuesto que todo en lo humano tenga su flujo y reflujo como la mar. Y si era llegada la hora de la decadencia de la familia de los Borbones, ¿cómo evitarlo? ¿Por qué no resignarse si por medios pacíficos no es posible la restauracion?

Diga usted, marqués, ¿no cuento yo una ascendencia tan brillante que se pierde en la oscuridad de los siglos?

¿No han tenido mis antepasados feudos y señoríos? ¿No tengo yo un blason (que jamás uso) en el que se ostentan todos los emblemas del valor, la constancia, la pureza y la vigilancia? ¿No campeon en él las calderas que ganaron en la batalla de San Quintín? ¿No ha muerto mi padre, sin embargo de todas esas grandezas oscurecidas por la avalancha de los siglos, sin poderme legar más que su nombre intachable y una espada sin mancha ninguna? ¿No se tuvo que desprender cuando la guerra civil, que no pagaban á nadie, de su mucha ó corta hacienda? Pues á pesar de esto yo no salgo á la calle á estrangular por mis propias manos, ni las ajenas, al vecino de enfrente, ni al de más allá, que sabemos son de un origen equívoco en cuanto á la honradez, enriquecidos en dos dias.

Por cierto en ese señor de enfrente tiene usted el ejemplo de lo que yo decia antes.

Ese descendiente de un ladrón, que á mi ver era usurero, hoy casi ya se olvida que se apellida Lobo, y las gentes son las que le ayudan á formar su engrandecimiento. Compró esa inmensa casa en donde en una de sus paredes habia un nicho con un Cristo, pues ya no se le designa sino por el señor del Cristo. En el campo posee infinitas haciendas rodeadas por un elevado monte, y los campesinos le llaman el señor del Monte. Muy en breve verá usted que el mote del campo se une al de la ciudad, dándole el nombre de Monte-Cristo, lo que unido á sus riquezas formará el principio de una gerarquía, á la que seguirán encomiendas, títulos, los más altos honores, hasta llegar al último peldaño del encumbramiento.

El, sus hijos, los hijos de sus hijos y algunas más generaciones subirán dulcemente por todos los grados; se les considerará como raza privilegiada, olvidándose su principio. Créalo usted, marqués, esta es la historia de la humanidad, desde el Rey al pastor, desde el vagabundo al ladrón.

Abrace usted si puede en su pensamiento los mnchísimos caminos que la vida presenta, unos buenos, otros malos (y estos son los más), para que se eleven y descendan las familias.

En los tiempos antiguos, un hombre de valor, un génio militar bastaba para hacerse señor de vidas y haciendas. La belleza en la mujer, ha bastado en todos tiempos para servir de principio á estos milagros.

En otras bastaba pertenecer á la Iglesia.

En nuestras épocas vemos que un pobre hombre que hoy sale vendiendo ciruelas con cesta al brazo, estas le dan la suficiente ganancia para mañana poner un hermoso puesto de sabrosa fruta; poco despues se aumenta á una tiendecita, luego á un verdadero comercio, más tarde un almacén, una casa de giro en donde los hijos, nietos y demás son magistrados, militares, condes, duques, cuanto quieren; y venimos á parar siempre á lo que dejo contado desde el principio de nuestra conversacion, que todo en la humana naturaleza tiene su flujo y reflujo, al que no podemos sustraernos.

Sólo existe una que se puede trasmitir por los tiempos de los tiempos, si en ello nos propusiéramos, grandeza con que Dios marca á la criatura al nacer, es decir, la honradez y la probidad en los hombres; en la mujer, la virtud. También es cierto que vemos alguna que otra familia, que estas cualidades las conservan y las trasmiten de unos á otros; pero por desgracia ¡son tan pocas!... En cuanto al talento, este brillante que Dios graba con su mano misteriosa, es por regla general compañero inseparable de la pobreza y el sufrimiento.

Tal vez en ello debiéramos ver una fuente de riqueza, sino para este mundo para el otro; el caso es que por todas partes donde nos dirigimos no vemos más que á Dios, siempre oculto, lo mismo en el hombre que en la florecilla, en la tierra que en el cielo, en la muerte que en la vida.

Dígame usted, marqués, ante la sabiduría del Eterno, ¿qué hacer con nuestra impotencia?

Lo más cristiano es resignarse, porque ¿de qué servirá que las familias de los Reyes destronados se lancen á verter torrentes de sangre, ganar tal vez por el momento su perdido cetro, si en breve han de sucumbir? Sólo el día que aprendamos á ser buenos y virtuosos, el mundo marchará bien.

Pero ahora recuerdo lo que usted decia á Nuñez sobre el retraimiento de la aristocracia. ¿Qué causa reconoce, en qué se funda? Tentada estoy de dar á usted un mentís y lo que siento es que sea usted viudo, porque así me ayudaría á dárselo su señora; pero deje usted, que de todos modos voy á trasladar al papel nuestra conversacion, que me servirá de ocasion oportuna para dirigir una súplica á las señoras de la aristocracia de Madrid, que las enviaré por medio de LA MUJER.

Ahora me va usted á hacer el obsequio de dormir un rato mientras yo cumplo mi empeño....

Señoras todas las que formais la alta clase social, perdon si las molesto por breves minutos: si, como no creo suceda, están ustedes no retraidas como dice mi viejo amigo, sino asustadas por los bandos políticos que por todas partes nos rodean, á vosotras, señoras, acudo para que ya que los hombres parece que se han vuelto locos, nosotras demos pruebas de que la razon y el criterio no nos abandona.

A vosotras, señoras, que reunis al rango de la fortuna la belleza y una clara inteligencia, os envío mi ruego de que formemos alianza, y el objeto de nuestra tarea sea destruir esos bandos políticos, que cual espada de Damocles parece amenazar desde el más alto al más chico.

Si escuchais á los rojos dicen que vencerán pronto, y su vencimiento irá acompañado de un 93 de la revolucion francesa, que con su cuchilla segará vuestras lindas cabecitas. Si ois á los absolutistas, os amenazan con la Inquisicion, las hogueras y emparedamientos. Si á la *Commune*, que nos trasformará, no como hizo la diosa Venus de la antigüedad pagana que refiere la mitología, que celosa de su propia belleza, convirtió á las demás mujeres en blancos cisnes que unció á su carro de espuma y nácar; sino en horribles y peladas monas, llevándonos á las selvas. Si á los federales, que cada pueblo tendrá su Rey á pesar de ser República. Los unitarios nos prometen poner un presidente al frente de la nacion, lo que dicho sea de paso no comprendo en qué se diferencia de un Rey y de un Rey como el que hoy ocupa el trono de las Castillas, que abraza la sencillez del ciudadano con la hidalguía del caballero.

Señoras, sacudid vuestro marasmo, uníos y desde vuestros dorados salones, en donde cabe hermanarse lo sério á lo seductor, é inspiradas por vuestra viveza natural con nosotras las que vivimos en humilde gabinete, entre el cesto de la labor, los papêles y las plumas, que á nuestra vez nos enlazamos con la menestrala, cuya honradez las eleva á nuestra altura, unámonos, repi-

to, formemos una alianza que alcance á toda España y rodeemos á la Reina que hoy por designios de la Providencia ocupa el trono.

Vosotras, señoras, como más autorizadas, decidla: señora, ya vemos que sois buena esposa, buena madre, y que como Reina repartís cuanto poseéis; teneis, en fin, un hermoso corazon, lo que constituye las joyas más inapreciables que puede exigirse á la mujer y á la Reina, y añadidla que unidas todas bajo su dosel, vamos á impulsar á nuestra patria á una era de paz, obligando á los nuestros á que deserten de todo partido político que tienda á la destruccion del género humano. Con nuestra actitud cortaremos las ambiciones, las locuras, los sueños descabellados.

Bellas duquesas y marquesas, dad vosotras la iniciativa, salvemos á España del desorden y del caos, imprimiendo una página en la historia, no sangrienta ni infame, sino una página de grandeza que llegue á ser la admiracion de los siglos venideros, á la par que alfombraremos con flores el camino de nuestra vida.

Se tiene miedo á las pestes y se hacen rogativas para implorar la divina misericordia ¿y puede haber acaso, pregunto yo, una epidemia más cruel que las revoluciones y las guerras?

Señoras, despertad de vuestra atonía, enlacémonos y unidas todas, ganaremos la batalla que puede ceñir vuestras frentes de coronas de laurel, únicas que ensalzan á la criatura y que son inarrancables.

De lo contrario, la historia cubrirá vuestro recuerdo con la mancha de la ignorancia y de la gnominia.

Digo vuestro recuerdo, porque yo, gota de agua solitaria, átomo imperceptible de la humanidad, desapareceré del mundo sin dejar huella ninguna.

Dios os guarde, señoras, y recibid la consideracion de vuestra afectísima

ELENA CERRADA.

Valladolid, Julio de 1871.

A MI MADRE.

¡Oh, madre, madre del alma!
Ven, sobre tu amante seno
Pueda descansar sereno
Mi doliente corazon.
La triste melancolía
En el fijó su morada,
Mas tu sonrisa adorada
Trueca en gozo mi dolor.

Nunca me preguntes, madre,
La causa de mi quebranto,
Ni por qué siempre que canto
Es tan triste mi cancion.

¡Ay! en risueña alborada
Escuché á una tortolilla
Y en su cántiga sencilla,
Tambien, madre, hallé dolor.

¡Ay! madre, cuando era niña
Al son de tus dulces besos,
Yo soñé mil embelesos,
Mil ilusiones soñé.
Imágenes celestiales
Que el alma jóven adora,
Risueñas cual de la aurora
El nítido rosicler.

Y soñé que, puro y bello
De mi vida en los albores,
Me sonreía entre flores
Un eden de dicha y paz,
Y allí, de esplendor vestida,
Una arrogante matrona
Me ofrecía áurea corona
Invitándome á cantar.

Y canté, y mi acento suave,
Cual de una niña el acento,
Se elevó hasta el firmamento
En alas de su candor.
Que al ensayar yo mi canto,
El primer eco sentido
De mi lira desprendido
Fué un himno elevado á Dios.

Canté la voz de los cielos
Que eterna vibra en el alma,
La dulce y tranquila calma
De mi espíritu canté.

El amor que amor inspira
Del heroismo la gloria,
El laurel de la victoria,
La victoria de la fé.

Y luego ví que este mundo
Que yo tan bello soñaba,
Solo amargura encerraba,
Llanto, tinieblas, dolor.

Y que el laurel anhelado
Que el mundo al poeta ofrece
Es un laurel ¡ay! que crece
Con llanto del corazon.

De tanta y tan bella imagen
Como soñé entre los lazos
De tus amorosos brazos,
Solo existen, madre, dos.
Mas yo te juro que siempre,
Veneradas y queridas,
En mi alma irán unidas
Tu imagen y la de Dios.

Y en tanto que el alma, libre
De la cárcel en que mora,
Pueda saludar la aurora
De un cielo de eterna luz,

Estréchame en tu regazo,
¡Ay! que para mí en el mundo
El único amor profundo
Que existe, madre,...eres tú.

BLANCA DE GASSÓ Y ORTIZ.

29 junio 1871.

LA HONRA DEL ARTISTA.

«Nada se parece más á
un ángel, que una mujer
perfecta.»

Los alemanes dicen que la mujer posee seis sentidos, y preciso es confesar, por más que esto martirice algo nuestro amor propio de hombres, que si no tiene un sentido más que nosotros, hay muchas veces en que lo parece.

No hay situación apurada, no hay caso comprometido para el que la mujer no encuentre instantáneamente una solución favorable.

Su imaginación viva, ligera, ardiente, concibe y resuelve de plano con la rapidez del rayo en las circunstancias más críticas de la vida.

Dios ha colocado el genio en el corazón de la mujer, y todas sus acciones son improvisadas como obras del genio y del corazón.

Todas las grandes creaciones, todas las grandes obras, tanto del arte como de la ciencia, han sido inspiradas por ella, pues al lado de todos los grandes hombres ha habido siempre una mujer querida.

Sin Laura, no hubiera cantado de la manera que lo hizo el solitario de Valclusa, el inspirado Petrarca.

Sin la pasión que Beatrice supo inspirar al Dante, su lira hubiera permanecido muda, y su *Divina comedia* no existiría.

Sin la Fornarina, el genio de Rafael no hubiera asombrado al mundo con las creaciones de su paleta.

Sin los consejos de la bella Marina, el bizarro Hernán Cortés no se hubiera immortalizado en Méjico.

Sin Pola Argentina, ni hubiera cantado Lucrecio, ni las generaciones presentes conocerían su magnífico poema la *Pharsalia*.

El hombre que no tiene una mujer que le inspire, es un desdichado.

La mujer es en la familia, según dice un distinguido publicista, la hermosura que en todo sonríe, la caridad que todo lo cura, la fe que se comunica perpétuamente con el cielo, la virtud benéfica, la santa poesía del hogar, el ángel que se inclina sobre la cuna y sobre el lecho del dolor y deposita con sus lágrimas el rocío del cielo en nuestra vida.

El espíritu de orden, de economía, el consuelo de todos los dolores, la sonrisa celeste, el bá-

samo que quita toda su ponzoña á las heridas de la existencia.

La oración que de continuo levanta la familia á Dios, y llena de armonía y de virtud todo el hogar.

Un hombre sin mujer, es, según Víctor Hugo, una pistola sin piedra; la mujer es la que hace disparar al hombre.

Por eso no hay poesía, no hay entusiasmo, no hay fe, no hay dicha, no hay luz, no hay nada, donde la mujer falta.

La mujer es el ángel custodio del hombre á quien ama, y si le vé en peligro, si le vé amenazado en su reputación, en sus intereses, ó en su vida, es capaz de todos los sacrificios, para salvarle.

Nada la arredra, nada la detiene, nada la abate, pues el amor transforma en heroísmo y energía la inmensa ternura que el cielo tiene depositada en su alma. Ejemplo vivo de esta verdad, es la anécdota que vamos á referir.

Existe á la parte occidental de Toledo, sobre el río Tajo, el magnífico y soberbio puente de San Martín, cuyo arco principal, de unas dimensiones colosales, fué destruido durante la fratricida lucha que sostuvieron D. Pedro I de Castilla y su hermano bastardo D. Enrique.

Terminada la guerra con el crimen de Montiel, el arzobispo D. Pedro Tenorio mandó reedificar el puente destruido.

El arquitecto que se encargó de la obra, hizo mal los cálculos y cuando ya tenía cerrado el arco principal, objeto preferente de la restauración, comprendió su error, conociendo que la fábrica se vendría abajo en el momento que se quitasen las cimbras.

El desaliento se apoderó de su alma, al conocer que su reputación, adquirida á fuerza de años y sacrificios, iba á desaparecer envuelta entre los escombros de aquella obra, donde creyó encontrar un nombre imperecedero, y la desesperación le hubiera arrastrado á poner término á su vida, si su esposa, enterándose de la causa de su dolor, no hubiera tomado una resolución tan original como enérgica. Una noche bajó al puente y puso fuego á las maderas que formaban los andamios y las cimbras.

El arco se vino abajo envuelto entre las llamas del incendio.

Todo el mundo creyó que la envidia y la rivalidad de otros artistas eran la causa de aquel incidente, que á los ojos del público era una desgracia y que en realidad era la salvación, la vida, la honra del artista, quien después, enmendando sus errores, volvió de nuevo á levantar la obra tal y como existe hoy en el día.

En testimonio de eterno reconocimiento colocó el busto de su mujer tallado en mármol blanco en la clave del arco.

La mujer querida, el ángel custodio había cumplido su misión.

La honra del artista quedó salvada.

J. CASTELLANOS.

CRÓNICA MATRITENSE.

¿Qué sucede en Madrid?

Apenas salgo á la calle ¡pataplum! un golpe contundente me hace sentir los efectos de una dislocación en la clavícula izquierda. Vuelvo la cabeza, y me encuentro con una cuba y un astur, confundidos por la semejanza, en un sér no descrito por Bufon ni ningún naturalista.

Prosigo mi camino y ¡zas! un gallego, que parece una persona, me arrima un coscorrón con el mundo que conduce sobre su dura testa.

Ya me iba amostazando con tan suaves insinuaciones, cuando en cierto balcón de cierta calle distinguí una niña que era celestial (mejorando lo presente). Tenía unos ojos ¡qué ojos! y una boca ¡qué boca! y un... ¡Vamos! no tenían *pero*. Fascinado, inmóvil, extasiado, contemplaba yo aquella figura ideal, que hacía concebir un mundo de ilusiones. Pero hé aquí que, cuando más entusiasmado estaba, siento sobre mí un chorro de agua á manera de cascada. Una doméstica regando tiestos en el balcón de un piso tercero, me mostró el cuerpo del delito contrayendo sus mofletes con una carcajada estúpida, que halló eco en todos los transeúntes testigos de la peripecia.

Parto de aquel sitio, y no bien hube andado un paso, la cortina de una tienda de ultramarinos tuvo á bien derribar al suelo mi *chapeau* número *único*, sin duda porque no me descubrí á tiempo para hacerla un saludo con toda la consideración que merecía su soberanía.

«¡Furor!» dije, crispando los puños y murmurando una interjección.—Desesperado, aburrido, resolví volver á mi casa para más no salir ni ver el *mare magnum* de la coronada villa.

Pero aun me faltaba apurar la última gota de mi paciencia.

Una manga de riego me corta el paso, y un vehículo que á la sazón cruzaba, cargado de yeso, tuvo la oportunidad de cepillar con la empolvada y ondulante cortina de su toldo el traje de lanilla que poco antes me había recordado el axioma de que *el agua moja*.

Cada vez más irritado echo á correr, cruzo la calle convertida en nueva *Termópilas* por la prudente pulcritud de los regadores, y en esto, una barricada inaccesible me cierra el paso. Vendedoras ambulantes de verduras, frutas y otros escesos, han tomado posesión de la vía pública en justo goce de su autonomía. Quiero andar y aquellas *ciudadanas* amostazadas con mis exigencias, me detienen poniéndose en jarras en ademán un tanto hostil. Yo recuerdo la fábula, y diciendo: *piés, ¿para qué os quiero?* desaparezo de entre aquellas energúmenas que me apostrofaban con el mote de *silbante* y otros denuestos por el estilo, peculiares de su vocabulario.

Pasó por fin aquella nube y yo respiré tranquilo.

Y tranquilo me encaminaba á mi casa con los rigores de mi desdicha.

Fatigado, jadeante, sin fuerzas casi; me despojo de mi traje, que pudiera llamar *uniforme de campaña*, pues que bien de prueba fué lo que momentos antes hizo: y un

tanto repuesto de mis sustos, comencé á pensar sobre la causa cuyos efectos palpé tan de cerca.

Largo rato estuve concentrado en reflexiones sin acertar á explicarme la existencia de semejantes abusos en la capital de la Monarquía; pero aguzando mi ingenio dije por fin rebosando en satisfacción: *Ecco il problema*.

Efectivamente: hube dado en aquel momento con el *quid* de la dificultad.

Héme aquí, moderno Diógenes, con la diferencia de que ni llevo linterna ni busco un hombre, ni tengo otras condiciones que tenía el antiguo sábio.

Yo, provisto de mi lente escudriñador, voy en busca de una entidad que se llama *Policia Urbana*.

¿Han visto Vds., por casualidad, á esa señora?

¿No? Pues yo tampoco.

Por esta razón echéme á buscarla, y ¡dixeis lo que encontré!

Seguramente no lo acertareis, y voy á deciroslo, aunque muy quedito, por si hay moros en la costa.

Es el caso, que salí en busca de *Doña Policia Urbana*, de quien, según me contaron, existen en Madrid centenares de sus dignos representantes; pero ni di con la sombra siquiera de uno de ellos.

Únicamente encontré varios grupos de ciudadanos posesionados de las aceras, que en amigable tertulia empleaban las horas de la tarde y noche en impedir el paso á todo mortal, á ménos de no echar por medio del arroyo.

Y cuenta con no decir ni esta boca es mía, porque estos derechos individuales son indisputables.

Amen de la profusión de mendigos que me acosaron á cada paso, ignorando ¡infelices! el *vacio* de mis bolsillos; y de alguna que otra sombra deslizada con misterioso paso, de la cual huía como de agorero fantasma; esto es lo único que yo hallé, buscando en vano á esa mitológica señora que llaman *Policia Urbana*.

Ahora me permitiréis proponer el siguiente problema: ¿En qué se distingue la corte, del último villorrio de la monarquía?

Si alguna de vosotras, carísimas lectoras, conoce al señor alcalde 1.º, decidle un recadito al oído. Yo, por mi parte, haré cuanto pueda, pues me honro con llamarme amigo del señor Galdo, le conozco mucho, y sé que atenderá, no á las acusaciones que le haga (libreme Dios del odioso papel de delator), sino á las amistosas observaciones que he hecho en mi *Revista*, inspiradas todas ellas en la buena fé y en el mejor deseo, seguro que serán atendidas y satisfechas oportunamente.

Interin espero este resultado, adios.

VENUSTIANO R. HUBERT.

CHARADA.

Con mi primera y segunda
Van á segunda y tercera,
Y en el reino mineral,
Lector, el todo se encuentra.

Solucion á la inserta en el número anterior.

Es *gala* prima y segunda,
Segunda y tercera *lupa*,
Segunda con cuarta *lago*,
Pago tercera con cuarta;
Paga tercera con primera,
Y las cuatro combinadas
Verás, lector, que es *galápago*
El todo de mi charada.

VENUS.

MADRID: 1871.—Imprenta de los Sres. Rojas,
Tudescos, 34, pral.